

EL ZULIA ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

TOMO I.

MARACAIBO: 30 DE JUNIO DE 1889

NUM. 7

EL ZULIA ILUSTRADO

Director y Editor: E. LOPEZ RIVAS

EL GENERAL

JOSÉ ESCOLÁSTICO ANDRADE

PRIMERA PARTE.

I.
AUN cuando por deudas de cariño y gustosa obediencia á caros afectos, nos complacería sobremedera salir airosos en el propósito de escribir una biografía del general JOSÉ ESCOLÁSTICO ANDRADE, ilustre prócer de la Independencia de Colombia y servidor leal de la república que ayudó á fundar, confesamos que no nos habríamos atrevido á probar nuestras fuerzas en tal ensayo literario, después de haber visto la luz estudios históricos relativos á la vida pública de aquel distinguido compatriota, por plumas indisputablemente superiores. Dagnino y Lossada Piñeres han lucido sus dotes con tal motivo.

Mas hé aquí que nuestro colega el director de EL ZULIA ILUSTRADO, ha querido que seamos nosotros quien trace los rasgos biográficos del general ANDRADE, que han de figurar en las columnas de este flamante periódico zuliano, limitándonos al efecto la extensión que hayamos de dar á nuestro escrito, pues es la falta de espacio lo que le obliga, sin duda, á renunciar la preferencia que merecen los trabajos biográficos que dejamos citados. Como es grata la satisfacción que experimentamos al no corresponder con una negativa al honor que el colega ha querido dispensarnos, incurrimos en el pecado de egoísmo prefiriendo la complacencia que tenemos en aceptar el encargo, al temor que debe infundirnos el desaire con que le habremos de llenar.

II.

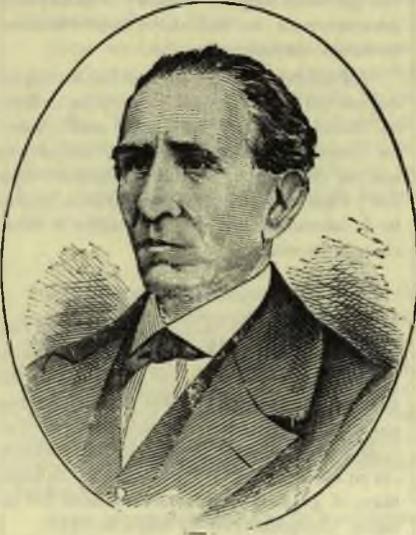
De padres notables, así por sus virtudes como por la posición social, vino á la vida JOSÉ ESCOLÁSTICO ANDRADE, y fue en la ciudad de Altigracia donde se mecía la cuna de aquel niño que debía ser más tarde pundonoroso obrero de la libertad de su Patria, hombre importante en la política nacional, luego de fijado en nuestro cielo el sol de la libertad, y siempre distinguido miembro de la sociedad, donde quiera que la suerte le condujo en situaciones varias.

En los primeros días de su vida, fue llevado á Perijá y luego tornó á Maracaibo, de don-

de pasó, por disposición de sus padres, á Aranjuez, á recibir la primera educación. Hubo de serle simpática la vida del marino, y así se dedicó á los estudios de pilotaje. No era extraña la vocación del joven: en su niñez le habían arrullado los murmurios de las olas de nuestro lago. Quizá cuántas veces se durmió en el regazo maternal oyendo nuestras canciones marinas, é hizo grato solaz suyo más luego el oír historias de los pescadores y navegantes!

Mas, á pesar de sus estudios, ANDRADE no debía ser marino; guardábase el porvenir una espada que debía empuñar como bizarro infante en defensa de la libertad de su Patria.

En efecto, en 1820, cuando el Libertador abrió campaña una vez más sobre Venezuela,



J. E. Andrade

cuando renacian nuevas esperanzas en el corazón de los que sentían dominado su espíritu por la noble idea de la independencia, ANDRADE, obediente á los impulsos del patriotismo que en él era innato, fue lleno de entusiasmo á la presencia del Genio de América, dispuesto á ofrendar en aras de la libertad el precioso tesoro de la juventud, renunciando voluntario á los goces de esa florida edad y á las ventajas que pudiera ofrecerle la carrera marítima en aquella época, para trocarlo todo por la vida de privaciones y azares de una campaña cruda y por demás difícil, pues era potente el enemigo á quien había de vencerse en lucha que hubiera merecido motejarse de temeraria é inútil, si la fuerza de las convicciones no fuera como caudal valioso de recursos, cuando ellas

obedecen á las imposiciones de un deber ineludible.

III.

ANDRADE sentó plaza de aspirante de infantería en el Ejército Libertador el 14 de Diciembre de aquel año. Desde la infancia de su vida militar llamó la atención por la regularidad de su conducta en el servicio. Captándose la buena voluntad de sus jefes, y especialmente la del Libertador, el joven militar siguió aquella campaña de Occidente hacia el Centro, hasta pisar el campo siempre memorable de Carabobo, y cupole la fortuna de contribuir á aquella jornada tan trascendental para la causa patria. Á las órdenes inmediatas del valeroso coronel Manuel Manrique, en la primera Brigada de la Guardia, hizo ANDRADE su verdadero estreno militar, y su nombre quedó inscrito en la lista de los vencedores en Carabobo el 24 de Julio de 1821. Y aquella acción de imperecedero recuerdo en los fastos de nuestra historia, así como fue sólida base de la Independencia de Venezuela, lo fue también de los méritos marciales del pundonoroso hijo del Zulia, que principiaba á ser, á pesar de sus pocos años, gloria de la Patria que le vio nacer.

Prueba evidente de su ajustado comportamiento en aquella ocasión, fue el ascenso que alcanzó al terminar la persecución hecha por las huestes libertadoras á las legiones hispanas, desde las puertas de Caracas hasta La Guaira. Desde entonces (13 de Agosto de 1821) dejó de ser ANDRADE el simple aspirante que había sentado plaza ocho meses atrás, pues lució ya con derecho legítimamente adquirido la presilla del subteniente de infantería, y además, en su pecho, la condecoración de los *Libertadores de Venezuela*, como uno de los vencedores en el campo glorioso de Carabobo.

IV.

Cuando el Libertador, incansable Genio tutelar de la Independencia americana, emprendió nuevas operaciones sobre Colombia, distinguió á ANDRADE dándole colocación en la Secretaría como ayudante de Estado Mayor, con lo cual el bizarro oficial zuliano tuvo ocasión de agregar á su hoja de servicios el mérito de verse inscrito entre los Vencedores de Bomboná, á las órdenes del Libertador, el 7 de Marzo de 1822. Más luego Pichincha y la rendición de Pasto ofrecieron nuevos laureles al joven militar; pues allí, como en Carabobo y Bomboná, contribuyó al triunfo de la causa republicana.

Tan lucidos precedentes le valieron el ascenso á teniente, grado con el cual emprendió campaña, incorporado á la expedición que en 1823 organizó el Libertador para enviarla al mando de los generales Jacinto Lara y José María Córdoba, como auxilio al Perú, solicita-

do por el general San Martín. Acto espontáneo del patriotismo de ANDRADE fue el cambio de su puesto en la Secretaría del Libertador por el que alcanzó en la expedición peruana. Así lo certificó el Secretario del Libertador, según se verá por el siguiente documento, tan honroso para aquel joven de 23 años de edad, y con sólo dos años de servicio militar:

JOSÉ GABRIEL PÉREZ.

SECRETARIO GENERAL DE SU EXCELENCIA EL
LIBERTADOR ETC. ETC. ETC.

Certifico que el teniente JOSÉ ESCOLÁSTICO ANDRADE ha servido en la Secretaría General de Su Excelencia el Libertador, en clase de oficial de ella, y se ha comportado con fidelidad y honradez, y ha manifestado aplicación y disposición, y la causa de haberse separado de ella fue la de haber pedido de ir á hacer la campaña del Perú.

Cuartel general en Guayaquil, á 25 de Febrero de 1823.

JOSÉ GABRIEL PÉREZ.

En Lima ya la expedición, sentó plaza el teniente ANDRADE como ayudante mayor del batallón Voltigeros, filas en las que debía tener la suerte, como adelante se verá, de hacerse cada vez más recomendable á los ojos de sus jefes. Cuando dicho batallón regresó á Guayaquil por orden del Libertador, después de la abdicación de San Martín, ANDRADE volvió en las filas ocupando el puesto indicado y respondiendo ya al título de capitán; puesto y grado que conservó honrosamente en aquel notable cuerpo, que vino luego á formar parte de la segunda expedición al Perú, al mando del general Manuel Valdés. Apenas llegado el ejército á Lima en esta nueva ocasión, tuvo ANDRADE la fortuna de ser escogido por el jefe expedicionario para el desempeño de una comisión cerca del Jefe del ejército español, que se hallaba al otro lado de los Andes; comisión que fue desempeñada con todo acierto y circunspección, lo cual valió al joven un mayor grado de aprecio de parte del general Valdés.

V.

Ni la corta edad, ni la consiguiente falta de práctica en los arduos manejos de la guerra, eran óbice á ANDRADE para mostrarse hombre de sereno juicio en los casos difíciles. Así se le vio procurar con ánimo tranquilo la salvación del cuerpo á que pertenecía en ocasión asaz dificultosa y llena de peligros. Nos referimos al transporte del batallón Voltigeros del Callao para Arequipa, por mar; cuando á causa de mal viaje y mala nave, después de larga navegación, se hacía imposible ganar el puerto del destino y ya no se miraba más determinación dable que la de tornar al Callao. Fue entonces cuando ANDRADE propuso á su jefe lanzarse á tierra él á reconocer el lugar y procurar recursos, en caso de ser esto posible. Obtenido el permiso, ANDRADE se lanzó en aquella voluntaria comisión acompañado de un sargento de su confianza. Veinticuatro horas después de fatigosa recorrida en aquellos desiertos lugares, ANDRADE dio con el pueblo de Chala, donde se entendió con el Alcalde y el Cura; de esta manera el batallón vino á tierra, y obtuvo recursos para continuar su marcha hasta encontrarse con el resto de la expedición antes de llegar á Arequipa, si bien después de recorrer unas cien leguas de desierto. Tal rasgo del pundonoroso militar mereció honoríficas recomendaciones, que le hicieron más estimable ante sus jefes.

VI.

Poco después, el 7 de Agosto de 1824, inscribió su nombre entre los vencedores de Junín, á las órdenes del Libertador. Como el batallón Voltigeros formó parte del ejército puesto al mando del inolvidable Sucre, ANDRADE fue á continuar sus servicios á las órdenes de este jefe, una de las figuras más simpáticas en la historia de la Independencia americana. En Matará tuvo ocasión de hacer nuevos ensayos de aguerrido, para asistir airoso á la gran victoria que el porvenir guardaba á los obreros de la Libertad en los campos inmortales de Ayacucho. En efecto, el batallón Voltigeros tomó parte importante en aquella acción, y tocó á ANDRADE romper los fuegos con sus guerrillas del ala derecha. ¡Fortuna envidiable la de haber sido el iniciador de tal jornada! en que fueron trofeos del ejército libertador, tomados en el campo al enemigo. «16 «generales, incluso el Virrey; 16 coroneles; 68 teniente-coroneles; 484 sargentos mayores y oficiales; más de 2,000 soldados; once «piezas de artillería; gran cantidad de fusiles; «todas las cajas de guerra; municiones, y «cuantos elementos militares poseían los españoles!» Y fue sobre ese campo de impercedera recordación donde ANDRADE ganó su ascenso de capitán efectivo de la primera compañía del batallón Voltigeros; y en las referencias históricas de aquella gran jornada, ha merecido el prócer zuliano menciones honoríficas que justifican más y más el noble orgullo con que lució luego la medalla y el escudo condecorativos de los vencedores en el renombrado campo de Ayacucho.

Así distinguido, por los méritos conquistados en tan breve tiempo, siguió á las órdenes del Mariscal Sucre y fue á segar nuevos laureles como pacificador de Bolivia; campaña en que fue totalmente destruido el ejército español y muerto su jefe el general Olañeta, á pesar de la insistencia con que quiso salvar la situación de los realistas.

VII.

Cuando regresó ANDRADE á Bolivia, después de una honrosa comisión que le confió el Mariscal Sucre cerca de los gobiernos de las provincias argentinas del Rio de la Plata, con motivo de la deserción del regimiento de Granaderos de Colombia, recibió de Sucre, entonces en ejercicio de la Presidencia de la República, el grado de segundo comandante del batallón Voltigeros (28 de Mayo de 1827).

VIII.

En el momento del peligro valerosamente arrostrado por el Mariscal de Ayacucho el 18 de Abril de 1828, en Chuquisaca, lanzándose á someter el batallón de Granaderos de Bolivia, que se había sublevado al amanecer de aquel día, fue ANDRADE uno de los pocos que le acompañaron en acto de tanta entereza, en que el Mariscal recibió como sello conmemorativo de su arrojo una herida en la mano derecha. Mas los pocos vencieron á los muchos; los amotinados fueron sometidos, y tocó la suerte al valeroso hijo del Zulía de ser el primero que penetrara en el cuartel sublevado, dejando tras de sí muerto el caballo por los fuegos dirigidos contra el impávido ginete. Tan brillante comportamiento fue premiado por el Mariscal con el ascenso á primer comandante del batallón Pichincha.

Como quiera que este cuerpo estaba entonces en Colombia, el Mariscal propuso á ANDRADE que el tiempo que había de tardar en encargarse del batallón cuyo mando se le había con-

fiado, lo pasase acompañándole con el carácter de edecán. Por disciplina y por gratitud, aceptó el agraciado oficial aquella honrosa distinción, y acompañó á Sucre, hasta que, llegado el momento de tornar á Colombia, el Mariscal le dio una honorífica certificación relativa á sus méritos y servicios y recomendándole á las consideraciones del Gobierno patrio como poseedor de todas las cualidades de un buen oficial.

Volvió efectivamente ANDRADE á Colombia. Conocido ya su buen proceder, era natural que sus jefes hicieran digno aprecio de sus servicios; en tal virtud fue nombrado, ya al finalizar el año de 1828, comandante de armas en la provincia de Mariquita, puesto que ocupó gozando ya del ascenso de coronel graduado que le fue conferido el 10 de Diciembre de dicho año.

IX.

Principió el año de 1829 en medio de las luchas que desgraciadamente sucedieron á la magna; se necesitaban tanto si no más que antes, hombres de las buenas condiciones de ANDRADE, que contribuyeran eficazmente á conjurar las nuevas borrascas. En esas inevitables agitaciones y constante movimiento de los hombres importantes, ANDRADE fue promovido el 11 de Febrero á la comandancia general del departamento del Cauca, donde tuvo ocasión de lucir gran celo y energía para oponerse á las anárquicas tendencias de que se veía amenazado; fue luego ayudante general del Estado Mayor General del Libertador; jefe de Estado Mayor de la división al mando del general F. Carmona, en el sur de Colombia; y luego ocupó idéntico puesto en la división mandada por el general Laurencio Silva en el Cauca, donde se encontraba cuando á fines del año pensó en él el Libertador para enviarlo con importante cometido al departamento Zulía. Doble razón tuvo el joven oficial para aceptar de buen grado este nuevo encargo: lo honroso que era para él, á los 30 años de edad, venir al Zulía por designación del Libertador, con el carácter de comandante general de este departamento, y pisar de nuevo el suelo natal, donde día por día le aguardaban los caros afectos de la familia, de los que vivía privado por amor á la Patria y por noble aspiración á la gloria. Púsose al efecto en marcha, y de jornada en jornada, anhelante de la última, llegó al fin el momento en que el aguerrido viajero vio á lo lejos las azules ondas del lago nativo. Mas el cumplimiento de sagrados deberes como hombre incapaz de hacer traición á sus convicciones, y como tipo de fidelidad á sus compromisos, ahogó muy en breve las grandes satisfacciones que como hombre de corazón debió experimentar al verse en el seno de la familia, después de tan larga y fatigosa ausencia.

X.

Colombia, el rico fruto de tan grandes tareas, el merecido premio de tanto heroísmo y sacrificios tántos, estaba amenazada en su integridad por el fatídico soplo de las pasiones que se agitaban en aquellos días de tan ingrata recordación para la Patria.

La idea destructora germinaba ya en Maracaibo; por parte del Zulía estaba, puede decirse, resuelta la separación de Venezuela, y de ello se persuadió ANDRADE desde el instante en que pisó las arenas del suelo natal.

Dos caminos le quedaban: ó contribuir á la obra separatista, para aprovechar en ella el ancho campo que prometía á sus fautores, ó

protestar contra el pensamiento de destrucción y emprender nueva marcha en busca de aires propicios á la gran Colombia.

ANDRADE no fluctuó. El sufrido oficial del Libertador durante la campaña de Venezuela en 1821, y como tal, vencedor en Carabobo; el perseguidor de Pereira por la sierra de Petaquire; el acompañante de Bolívar en la campaña del Sur de Colombia en 1822; el lidiador en Bomboná el 7 de Agosto; el asistente á la campaña de Pasto y cooperador en la rendición del español don Basilio García; el expedicionario á Lima á las órdenes de Lara y Córdoba en 1823, y al Perú en el mismo año con el general Valdés; el sitiador de El Callao en servicio con Sucre; el constante oficial en las sucesivas campañas de 1823 á 1825, que dieron por resultado la libertad del Perú y de Bolivia; el vencedor en Junín á las órdenes del Libertador, y en Matará y Ayacucho al servicio del inmortal Sucre; el que acompañó á este simpático Mariscal en la destrucción del ejército del general Olafeta, tenaz defensor de Bolivia; el que tan bizarramente se distinguió en el sometimiento de los granaderos sublevados en Chuquisaca el 19 de Abril de 1828; el que con recomendable entereza contuvo y castigó los amotinados en Popayán en 1829; el que se distinguió en la campaña de este mismo año contra los peruanos que ocupaban á Guayaquil; el que luchaba sin desmayar en 1830; ese soldado sin descanso, fervoroso batallador de la causa de la libertad y admirador entusiasta de las glorias del Libertador, no tuvo fuerzas para asistir impasible á las agonías de Colombia, y mucho menos para contribuir á la destrucción de aquella obra terminada á costa de tantos y tan grandes sacrificios, y presto estuvo á abandonar de nuevo el hogar, para seguir en busca de elementos favorables á la integridad de la Patria, y contribuir á su sostenimiento con el ardor con que había contribuido á su independencia. Del abrazo de recepción al de nueva despedida en el seno del hogar, sólo mediaron breves horas.

XI.

Dirigió sus pasos hacia el Sur. En Noviembre del mismo año se encontró con el Libertador en Barranquilla; éste le enteró de su resolución de abandonar el país, temeroso de que su presencia pudiera contribuir á precipitar los acontecimientos que tan á su pesar venían desarrollándose. ¿Presumía el Héroe, en aquellos momentos de tristeza, que no era camino de otra Patria en la tierra el que llevaba, sino el camino desconocido de la eternidad?... ¿Quién sabe!... Lo cierto es que trató á ANDRADE con deferencia muy honrosa para el joven oficial, á quien recomendó que continuase á Bogotá á ofrecer sus servicios al general Urdaneta, dándole para éste carta de recomendación, en la que decía entre otras cosas: «Yo se lo remito á usted con las mayores recomendaciones, pues lo conozco y sé lo que vale. Espero que usted lo empleará inmediatamente, y estoy satisfecho de que sus servicios retribuirán á usted las bondades que se digne dispensarle.»

Tanto mayor mérito tienen tales frases, cuanto que es presumible que Bolívar juzgara á ANDRADE suficientemente recomendado por sí ante Urdaneta; pero era propicia la ocasión para consignar de su letra tan honrosos conceptos, como premio merecido á los esfuerzos de aquel pundonoroso servidor de la Patria.

XII.

Allí se despidieron para no volverse á ver sobre la tierra, «el héroe que huía para la eter-

nidad, á esconder su corazón quemado por los engaños, y el joven lleno de vida y de valor moral, para sacrificarse en aras de una causa simpática á su corazón y magnífica á sus ojos.»

El general Urdaneta acogió bien, como era natural, al coronel ANDRADE, pues era éste un buen elemento en aquella difícil situación. Le envió por lo pronto al Cauca en desempeño de la comandancia general del departamento; luego creyó más necesarios y útiles sus servicios cerca de Venezuela, y le nombró al efecto Jefe del Estado Mayor general del ejército que debía marchar por la vía de Pamplona. En cuánto se estimaba en aquellas circunstancias el buen juicio y la circunspección del joven ANDRADE, puede deducirse por el siguiente párrafo de la confidencial é importante carta que le dirigió el general Urdaneta el 5 de Marzo de 1831, cuando particularmente le anunciaba la designación hecha en él para la mencionada Jefatura de Estado Mayor: «Permitame usted que le hable con franqueza y con la reserva necesaria. Giménez necesita de un hombre como usted al lado; necesita que usted, en su calidad de Jefe de Estado Mayor, sea el alma de ese ejército; que Giménez sea el general, y usted el que mande; y que como amigo usted de Giménez, esté siempre con él y le aconseje cuanto convenga á la organización, conservación, disciplina y seguridad del ejército.»

Mas es sabido que todo esfuerzo por salvar la integridad de la Patria fue inútil ante el torrente de la contraria opinión: la división de Colombia se llevó á efecto.

Entre sus sostenedores hasta el último instante se contó ANDRADE, fiel á sus convicciones, y como tal empujó el bordón de los expatriados: buscó asilo en Curaçao y de allí pasó á Venezuela, orgulloso de contarse entre los libertadores de Colombia y satisfecho de no haber contribuido á la destrucción de la obra que ayudó á fundar.

XIII.

Para terminar estos rasgos relativos á la vida de prócer del distinguido compatriota, narraremos, aunque tan ligeramente como nos hemos visto forzados á hacerlo en lo que precede, dos acontecimientos en que mereció sendos honores, no como militar en campaña, sino como hombre acreedor á los más cumplidos votos de confianza, como leal y pundonoroso caballero.

Nadie ignora la importancia de la conferencia habida en Guayaquil entre el Libertador y el general San Martín, de la cual dijo éste anticipadamente á Bolívar, cuando se preparaba á ir á su encuentro: «Nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día en que nos abracemos.» (Carta del 13 de Julio de 1822.) Y efectivamente, la historia americana no ha olvidado jamás el día en que se abrazaron aquellos dos inmortales.

Mas si es constante ese recuerdo, no lo es menos el sentir que hayan quedado ignorados los más interesantes detalles de aquella entrevista.

El Libertador previó que iba á necesitar en aquella oportunidad un Secretario, y pidió á Sucre un oficial inteligente y tan discreto como lo requería el caso. Sucre no fluctuó y vio en ANDRADE el tipo del secretario exigido en tan solemne ocasión.

Fue en la noche del 26 de Julio del año indicado, cuando Bolívar y San Martín, «después de la comida en que reinaron la alegría y la franqueza, se retiraron á una pieza solitaria para tratar sobre los asuntos que hacían

necesaria la entrevista. El Libertador se paseaba. La fiebre de su alma no le dejaba quietud. San Martín hizo lo mismo; pero luego, abrumado quizás por el peso de aquella situación, inquietante y difícil de fijarse, tomó una silla y se sentó. Bolívar se sentó también; pero volvió al movimiento, que era la necesidad de su naturaleza; y hubo de ser entonces cuando se volvió al joven Secretario y le dijo más ó menos las siguientes palabras:

—Joven: vais á ser el único testigo en la tierra de algo que no debe saberse jamás. Si descubris lo que aquí vais á oír, os fusilaré si puedo; si no puedo, os acusaré siempre de traidor.

Y la conferencia principió. ¿No es verdad que es envidiable haber merecido aquella confianza á la edad que entonces tenía ANDRADE?

¿Cuántas veces, recordando este episodio, hemos vacilado entre si fue ó no ANDRADE, á la vuelta de algún tiempo, exagerado en su discreción, y si merece cargos ó aplauso por haberse llevado á la tumba el secreto que entonces se le confió como inviolable!

Cuánto importaba en aquella época la reserva, nadie lo duda; y ANDRADE habría procedido bien dejándose matar antes que revelar lo que allí pasó; mas, á la vuelta de unos cuantos años, cuando otras generaciones necesitan la verdad para juzgar hombres y hechos, ¿seguía siendo aquel pasaje un secreto que ANDRADE estaba obligado á seguir guardando, ó era más grande que este deber el derecho que tuvo la Historia de pedir cuenta de tal acontecimiento al único que podía dársela?... ¿Quién sabe! Mas si no fue lógico en su modo de ser leal, si dejó demostrado con esa impenetrable reserva, hasta dónde estimaba el honor del cumplido caballero.

Más tarde, en los momentos en que agonizaba Colombia, para dar vida á los pueblos independientes en que debía quedar fraccionada, salió del seno del Congreso reunido en Bogotá el 20 de Enero de 1830, una comisión de paz ante las provincias del Norte, con la esperanza de que la influencia moral de aquel Cuerpo y la honorabilidad de los comisionados, pudieran prevenir los ánimos en favor de una transacción que garantizase la estabilidad de Colombia con instituciones liberales. La comisión fue compuesta del mariscal Sucre, el obispo de Santa Marta y el licenciado Francisco Aranda. El Gobierno de Venezuela había nombrado por su parte, para entenderse con estos comisionados, al general Mariffo, al doctor Ignacio Fernández Peña y á Martín Tovar; todos los cuales se reunieron en La Grita y dieron principio á sus conferencias el 18 de Abril. Quiso Sucre que ANDRADE le acompañase en aquella ocasión, y consiguió para ello el debido permiso del Gobierno.

No es del caso averiguar en estos momentos las razones que hubo para que en el curso de aquellas discusiones, pasara algo especial entre Sucre y Mariffo; mas es lo cierto que el punto se hizo tan serio, que vino á parar en el arreglo de un lance personal entre aquellos dos connotados generales de Colombia.

En tales momentos tornó Sucre la vista á ANDRADE y le dio sus poderes para que ejerciera las funciones de padrino en el duelo. Afortunadamente, el lance no fue un secreto para el obispo de Santa Marta y éste logró evitar que aquellas dos espadas se cruzaran. Mas no porque no se consumara el proyecto, dejó de ser para ANDRADE una muy alta satisfacción el haber sido el escogido por Sucre para padrino suyo en un duelo con Mariffo.

SEGUNDA PARTE.

I.

Aprovechemos el corto espacio que hemos podido reservar del perfil biográfico del Prócer, para dirigir una rápida ojeada sobre los principales servicios del patriota venezolano.

En 1838 el Gobierno los utilizó para restaurar el orden turbado con motivo del movimiento que ejecutó el coronel Faria, ocasión esta en que hizo campaña en Perijá con el carácter de segundo Jefe de Operaciones, funciones que desempeñó á entera satisfacción del Gobierno, con el acierto y eficacia que le eran peculiares.

Durante los años de 1836 y 1837, prestó algunos servicios civiles en Mérida, ya en el Juzgado Mercantil, ya en la Jefatura Política de esa ciudad; esto, y las consideraciones que allí supo merecer, le valieron en 1838 la elección de Representante suplente de dicha provincia, en el Congreso Nacional.

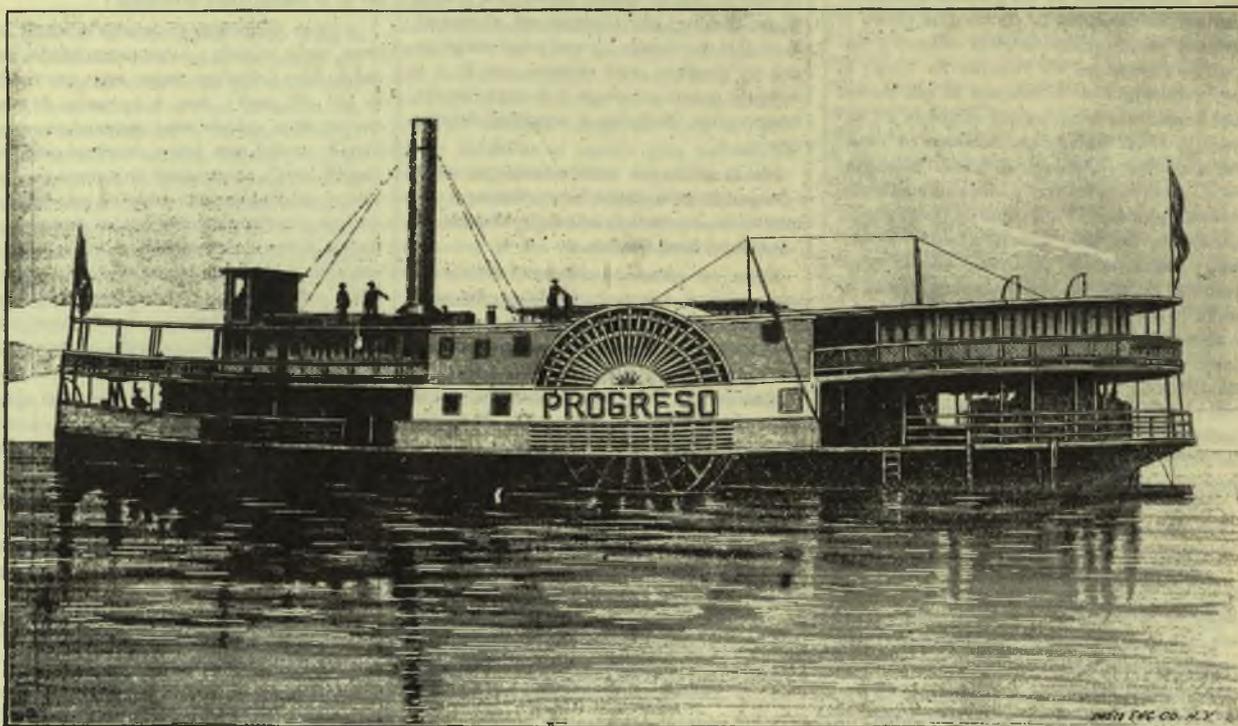
Luego, en Mayo de 1839, fue nombrado por el Poder Ejecutivo Nacional, Gobernador interino de la provincia de Maracaibo, en reemplazo del licenciado Juan José Romero, que había renunciado este puesto. Aproximadamente un año duró esa interinidad, pues en Mayo de 1840, le rivalizó el general Páez el nombramiento en propiedad por el espacio de cuatro años. En este período gozó la provincia de Maracaibo de un gobierno de verdadero orden. Una á una vienen las generaciones trasmitiéndose la fama de aquella época de profundo respeto á la ley, de imperio completo de la justicia; especialmente brilló aquella administración por la libertad absoluta de que gozaron los partidos contendores en el ejercicio del sufragio.

II.

Una vez terminado el lucido período de la gobernación, desempeñó la comandancia de armas de la misma provincia. Conocidos los

grandes méritos de tan recomendado militar, inútil es decir que ANDRADE llenó cumplidamente ese puesto. Con tal carácter dirigió personalmente la expedición á la Goajira en 1845, en cumplimiento de órdenes que al efecto le comunicó el Gobierno Nacional con motivo de los asesinatos cometidos por los indios en algunos de los tripulantes del bergantín nacional *Loimaz*; hecho este que merecía un acto de represión en concepto del Gobierno Nacional para ver de evitar en lo sucesivo semejantes atentados.

En vida menos activa, prestó al país algunos servicios más, de carácter civil, en los años sucesivos, hasta que llegado el de 1848, vino á tomar parte de no poca importancia en la campaña á que dio lugar el luctuoso acontecimiento verificado en el seno del Congreso en aquel año. ANDRADE, acostumbrado á ver en la Ley la pauta inquebrantable del Magistrado; en la Justicia, la norma invariable de los actos del hombre; en la Libertad, la forma de lo ideal



Vapor Progreso.

en punto á felicidad de los pueblos, creyó que la indiferencia de la ciudadanía era como punible complicidad en lo que él juzgaba escándalo inaudito, y fue de los primeros en protestar ofreciendo la espada que antes había blandido en sostén de la noble causa de la Independencia americana, al movimiento reaccionario que ocurrió en Maracaibo el 6 de Febrero de dicho año. Fue primero Jefe de la División Constitucional, y asistió como tal á la batalla de Taratara el 6 de Abril, á las órdenes del general Piñango. Muerto este Jefe, el general Páez confió á ANDRADE la Jefatura de Operaciones de Maracaibo. En esa campaña brilló como militar de pericia y de valor; en el combate de Quisiro, dirigido por él, se le veía - dice Dagnino - « en medio de los fuegos del enemigo atrincherado, á caballo, y cigarrillo en « mano, dando tranquilamente sus órdenes, como si asistiera á una parada, mientras que los « cornetas de orden caían heridos ó muertos á « uno y otro lado. » Triunfó denodadamente del enemigo el 29 de Octubre, y al siguiente

dia, después de lucida función de armas, estableció la línea de sitio en Los Haticos; sosteniéndola sufrió el asalto del 13 de Noviembre por las fuerzas del coronel Castelli, mantenedor de la plaza, y rechazó vigorosamente á los asaltadores. Mas todo esfuerzo fue vano; ni el acierto con que armonizó el valor con la prudencia para no comprometer un lance en que corriese gran riesgo la empresa que dirigía y fuera por el contrario mejorando su situación; ni la actividad con que procuraba despertar en los pueblos vecinos entusiasmo por la causa que sostenía, ni el poder de la disciplina sostenido con notable habilidad; nada bastó á asegurar el éxito de aquel estado de guerra. El movimiento de Maracaibo quedó aislado en la República; la presencia del general Páez, tantas veces prometida, quedó sin efecto; ni pudo llegar á tiempo la escuadra revolucionaria que debía concurrir al plan. En cambio el Gobierno, dueño de cuantos elementos necesitaba, pudo evolucionar con libertad, y el 8 de Diciembre entró la escuadra enemiga por barra

hasta situarse en Bajo-seco. Hubo de distraerse la fuerza naval revolucionaria para ir á cerrar la entrada al amparo de la fortaleza, y de esta manera el sitiador dejó franco el lago á los sitiados y quedaron estos en posibilidad de recibir los recursos de que carecían. La situación vino entonces haciéndose día tras día más apremiante para las fuerzas constitucionales; sirvió de complemento al cambio desfavorable la suerte adversa en la acción naval del 13 de Diciembre. Después de ese considerable descalabro, en que la revolución perdió tres de los principales buques y más de doscientos hombres, vino el desaliento, y la desertión, y cuantas dificultades son consiguientes á posición tan falsa. Llegó, pues, el caso irremisible de suspender el sitio; pero el temple de valor que conservaba ANDRADE hizo que no pensara en rendición y dispusiera la retirada hacia la Cordillera, con la esperanza de servir de sólida base al ejército que podía formarse en el interior para dar nueva vida á la reacción. Mas no quiso ayudarle la fortuna; á sus acertadas

disposiciones faltó la eficaz cooperación que necesitaba por parte de aquellos á quienes confiaba evoluciones importantes, y al fin vino la catástrofe del río Zulia y luego el convenio celebrado en la Mocotí, como único medio de salvar los pocos restos que aun quedaban de aquellas fuerzas desmembradas por las fatigas y la escasez de recursos. . . .

III.

Acompañó al general Páez en la campaña de 1849, cuyos pormenores y resultados son harto conocidos. Los Albachacos, Casupo y el Vallecito, en los días 11, 13 y 15 de Agosto, respectivamente, ofrecieron á ANDRADE otras tantas oportunidades para mostrarse con la serenidad del héroe.

Oigamos cómo refiere el doctor Dagnino el último rasgo de ANDRADE en esa campaña de tan adversos resultados para los que enarbolaban la bandera revolucionaria, pecando contra

el espíritu de las masas pobladoras que estaba en muy distinto camino :

« El general Páez había capitulado en su « campaña de Coro, y las circunstancias de « aquella época lo llevaron al castillo de San « Antonio en Cumaná, y á otros, á las bóvedas « de La Guaira. Entre éstos se hallaba el ge- « neral ANDRADE.

« Un día concertaron los presos de las bó- « vedas su fuga! . . .

« El derecho natural que engendran las in- « justicias positivas, ponía á aquellos presos « connotados al abrigo de una baja.

« Iban á ser juzgados por un partido triun- « fante, y en tales casos el vencido no tiene la « seguridad de ser juzgado según las leyes, y sí « según las pasiones del momento, que suelen « oscurecer la justicia y el derecho.

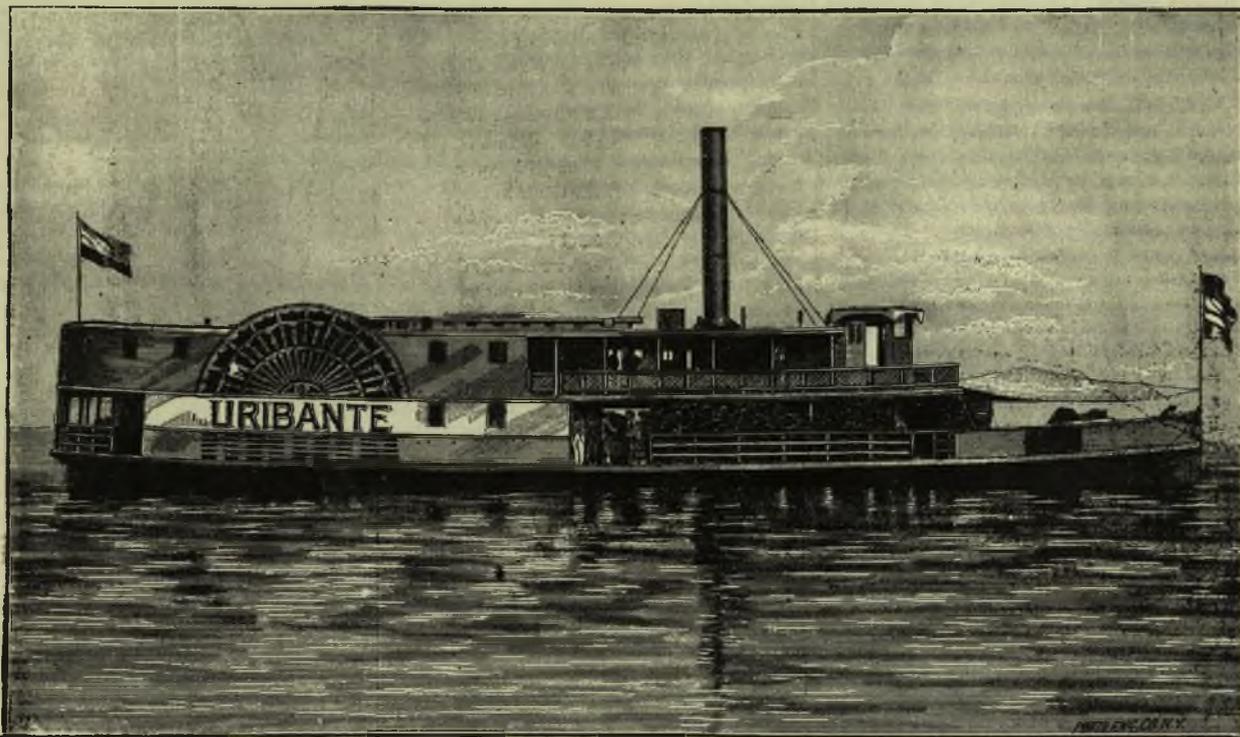
« La idea ó deseo de fuga tenía, pues, razón « de ser en pechos levantados, sin menoscabo « de la dignidad. No obstante, el coronel AN-

« DRADE, nutrido de ideas y sentimientos poco « comunes, prefirió aguardar sereno el veredicto de un Gobierno, antes que amenguar con « una fuga la causa que había sostenido en los « campos de batalla, como jefe de la campaña « en 1848, como subalterno en la de 1849.

« Este rasgo de virtud personal, que entre « romanos hubiera sido aplaudido y premiado, « no tuvo mérito en aquellos agitados tiempos « para un Gobierno carcelero, cuyo criterio y « guía eran sólo el triunfo de un partido y no « el de la moral política ó siquiera de la ley. « ¡ Que no acaben de pasar las divisiones para « que podamos estimarnos mutuamente ! »

IV.

Fue luego al ostracismo, y vino á ser en 1858 cuando tomó asiento de nuevo en la escena política de su Patria. En ese año la provincia del Táchira le eligió Diputado á la Convención Nacional de Valencia ; con tal motivo fue llamado con instancia á fin de que viniese



Vapor Uribante.

de Colombia, donde á la sazón permanecía, á ocupar el puesto honroso que sus compatriotas le habían designado, y vino en efecto al llamamiento del patriotismo ; mas estando en el seno de la Convención, el Ejecutivo le designó para desempeñar la Jefatura de Estado Mayor General del Ejército que marchó á Caracas, con motivo de la cuestión anglo-francesa ocurrida en aquel año ; arreglado este asunto en La Guaira satisfactoriamente, pasó de nuevo á ocupar su puesto en la Convención.

Este cuerpo autorizó el ascenso del coronel ANDRADE á General de Brigada, fundando tal determinación en los honrosos precedentes del veterano y leal servidor. El doctor Pedro Guadalupe decía en un discurso en el seno de la Convención, entre otras apreciaciones muy honrosas : « Cualquiera que haya tratado al coronel ANDRADE, cualquiera que le conozca profundamente, no podría menos de convenir en que « él se recomienda por sí solo, por su modestia, « por su lealtad y por su infatigable celo en el « servicio público. »

V.

En la cruda guerra de los cinco años, ANDRADE correspondió dignamente á sus antecedentes de militar aventajado.

En Febrero de 1859 le nombró el Supremo Gobierno Jefe de Estado Mayor del Ejército que marchó á la campaña de las provincias Portuguesa, Barinas y Apure, á las órdenes del General en Jefe José Laurencio Silva, para quien fue esquivo la fortuna en esta ocasión. En esa expedición concurrió á la acción de San Lorenzo contra las fuerzas mandadas por el aguerrido Zamora.

En Junio del mismo año el Gobierno le nombró, por renuncia del general Silva, Comandante en Jefe del mismo ejército, y sostuvo con éxito favorable la guerra en Los Llanos, á pesar de la incomunicación en que estaba con el resto de la República, y de las serias dificultades con que tropezaba en medio de aquella complicada y peligrosa situación. Al fin logró volver sobre la capital atravesando

Los Llanos en el invierno y puso á salvo el Ejército, hasta dejarlo en San Carlos á las órdenes del Ejecutivo, retirada esta que fue muy aplaudida por cuantos conocían el cúmulo de dificultades que se oponían á tan larga y penosa recorrida. Fue entonces cuando se le nombró Ministro de la Guerra, bajo la Presidencia del señor Gual, puesto que desempeñó con honra hasta 1860, después de la batalla de Coplé, época en que renunció, con el ánimo de retirarse al seno del hogar. Mas no logró este deseo, porque hubo de aceptar la Comandancia de Armas del Táchira, encargado de las operaciones militares en la Cordillera. Si difícil fue la campaña de Los Llanos, mucho más lo fue la de Los Andes, con su gran escasez de recursos y la necesidad de multiplicar esfuerzos para sostener combates hasta que la suerte premió en Mocombo su constancia, su bravura y su pericia, con la rendición verificada en Julio de 1860, quedando en poder de las fuerzas del Gobierno todas las fuerzas enemigas con sus armas y municiones : este triunfo está con-

siderado como uno de los más notables de aquella época y le valió al general ANDRADE las más honoríficas y cumplidas congratulaciones.

Dispuso desde Mérida la ocupación de Barinas, con una columna que confió á su Jefe de Estado Mayor, coronel José de J. Villasmil, quien satisfizo cumplidamente las órdenes de su Jefe.

En Mayo de 1861 fueron premiados tan activos servicios con el ascenso á General de División y el nombramiento de Jefe de Estado Mayor General del Ejército de la República al mando del general José Antonio Páez, y en Julio del mismo año pasó á la Cordillera con el carácter de Jefe de los Ejércitos de esta parte de la República y de Occidente, nombramiento que conservó á pesar de la organización dada en la República con la división de distritos militares. En esto recibió la noticia oficial de cesación del Gobierno establecido para entonces, y el pronunciamiento por la dictadura del general Páez. A pesar de las grandes deferencias del general ANDRADE por el *Ciudadano Esclarecido*, creyó que su deber era renunciar el puesto en que le había sorprendido aquella evolución, y renunció sin vacilar.

En 1862, muerto el general Pedro Ramos, le reemplazó el general ANDRADE en la Jefatura del Ejército del Centro, y como tal cumplió la orden de marchar al Guárico, á la cabeza de 500 hombres, poseedor, además, del mando del ejército de esta provincia, con el objeto de obrar contra la invasión del general Sotillo. Sus esfuerzos fueron bien correspondidos por el éxito en esta campaña. Con fuerzas organizadas en Calabozo ocupó el Pao y el Baúl y otros lugares del Guárico y Cojedes; mas como su salud estaba notablemente quebrantada, solicitó su retiro, el que no le fue concedido en aquellos momentos porque la situación se había complicado en Carabobo y era llamado con urgencia hacia aquel punto; ocurrió al llamamiento, habiendo antes devuelto al Guárico los cuerpos de infantería y caballería que sacara de Calabozo, y dejado suficientes guarniciones en el Pao y otros puntos: reservóse sí, 800 soldados escogidos y con ellos tornó á Carabobo, donde el deber le llamaba. Llegó á Valencia sin dificultad, y tal refuerzo llegó oportunamente para despejar la situación, siendo, además, buena base á la formación del ejército y las operaciones sucesivas que dirigió luego el general Rubín, porque ANDRADE insistió en su renuncia y se retiró al lado de la familia. Aquellas luchas, sobre manera costosas para la Patria, terminaron al fin.

Fuerza es poner término á estos rasgos de la vida pública del eminente compatriota, perdido para la Patria y para su honorable familia el 22 de Agosto de 1876. Dejó por precioso legado á los suyos, como prócer, de la Independencia americana, entre otros trofeos gloriosamente conquistados: el escudo de Carabobo; la estrella de los libertadores de Venezuela; la medalla concedida á los Libertadores del Sur de Colombia; el escudo de Junín y Ayacucho; la medalla de Ayacucho, y el busto del Libertador que le confirió el Gobierno del Perú. Como militar en las distintas épocas en que empuñó la espada, una hoja de servicios rica en merecidos honores; como ciudadano, el molde de los hombres pulcros y rectos; y como padre de familia y miembro social, un nombre immaculado; cualidades todas que hacen imperecedera su memoria.

J. M. RIVAS.

Maracaibo: 24 de Junio de 1889.

NAVIGACION POR VAPOR

EN EL

Lago Maracaibo

DE



IEZINCEVE años después de haber botado Fulton á la corriente del Hudson su primer buque de vapor, los habitantes de nuestras poblaciones ribereñas contemplaron maravilladas una de aquellas misteriosas máquinas azotando con sus aspas la tranquila superficie de nuestro hermoso lago.

Á ese primer *steamboat* lo llamaba el pueblo en un inglés sui-generis *el estimbote*; y en él vino de Nueva Granada el Libertador cuando pasó por esta ciudad en Diciembre de 1826.

Hace, pues, unos sesentitres años que por primera vez cruzó las aguas del lago Maracaibo un buque movido por vapor: desde entonces, con interrupciones más ó menos largas, la navegación interior y aun nuestras comunicaciones con el exterior han contado con ese poderoso agente del progreso moderno, á más de las incontables naves de vela que alimentan el tráfico mercantil de nuestro puerto y proporcionan la subsistencia á centenares de familias.

Los contratistas de estos últimos años simulan, sin embargo, una completa ignorancia de los hechos; y hablan en sus contratos, con aire de civilizadora filantropía, de « establecer la navegación por vapor en el lago de Maracaibo » como si se tratara del Victoria Nyanza en el corazón casi inexplorado del continente africano.

Enumerar los buques de vapor que desde 1826 se han dedicado á la navegación de este lago y de sus rios principales; y especificar y describir sumeramente los que actualmente tienen en ese servicio tres compañías distintas, tal es el objeto de este artículo.

El *Steamboat*, buque de ruedas traído en 1826 por el norte-americano Samuel Glover, fue destinado á la navegación del rio Zulia, y lo mandaba el teniente de fragata de la armada colombiana don Tomás Vega. El Libertador bajó el rio en este vapor, cuando vino de Cúcuta, en Diciembre de aquel año. Se perdió en La Ceiba el año de 1828. Hacia viajes al puerto de La Horqueta y á El Pilar.

El *Trujillo*, lo hizo venir el norte-americano T. C. Gillet en 1854; era de hierro, de regular porte, y fue armado en nuestro astillero bajo la dirección del señor Inocencio Hernández.

El *Vencedor*, lo hizo construir aquí en 1855 el mencionado Gillet. Era de madera, y fue su constructor el señor José Ramón Bohórquez.

Esos dos vapores principiaron su carrera haciendo viajes de este puerto al rio Motatán, llegando hasta bien arriba de dicho rio; y en ese tráfico se mantuvieron hasta que una fuerte avenida del Motatán causó grandes averías en los cargamentos depositados allí, y se suspendió la concurrencia de cargas que de Trujillo despachaban para aquellos vapores.

Paralizada así la actividad de aquella vía, se aumentó el movimiento del puerto de Mo-

poro, y se restableció la navegación de los vapores entre este puerto, el de Moporo, La Ceiba y La Horqueta, en cuyo tráfico los mantuvieron los señores don Manuel Aranguren y T. C. Gillet, hasta que naufragó el *Trujillo* en el puerto de La Ceiba. Siguió á este naufragio la muerte de Gillet y la inutilización del *Vencedor*.

En 1874 los señores Francisco Fossi y Antonio Aranguren contrataron con el Gobierno de Venezuela la navegación por vapor del lago y de sus rios tributarios; contrato que quedó sin efecto, porque el Presidente de la República en aquella época prescindió de él para otorgar privilegio á William A. Pile.

El *Uribante*, fue traído en 1875, en virtud de ese privilegio; y Mr. Pile lo contrató con el señor Antonio Aranguren, quien lo puso á navegar entre este puerto, el de La Ceiba y el de Zulia, en cuya forma quedaron establecidos los viajes semanales de dicho vapor.

El *Progreso de la Época*, fue traído para remolcador por el señor Benito Roncajolo en 1874. Se perdió en el saco en 1878 prestando auxilio en un naufragio.

El *Relámpago* fue, traído por el señor Roncajolo en 1876.

El *Mara*, traído en 1877 por el mismo señor Roncajolo, navegó muy poco tiempo, por sus malas condiciones, y hoy está varado en una orilla.

El *Paulina*, traído en 1878 por el mismo señor Roncajolo, sirvió de remolcador durante seis años.

El *Progreso*, vino en 1878, traído por la casa H. L. Boulton Jr. & Ca., en sociedad con otros comerciantes. Desde aquel año se encuentra navegando entre este puerto, La Ceiba y Encontrados.

El *Zulia*, fue traído en 1878 por una sociedad anónima formada entre comerciantes de esta plaza y de Cúcuta. Era de madera, de rueda á popa, de pequeño porte, y en breve tiempo quedó su casco inutilizado. Su máquina, que era buena, se colocó en un casco nuevo, construido aquí; el resultado de esta combinación fue

El *Afa*, cuyos dueños los señores José Andrade, Zeferino Fossi y Manuel I. Armas lo pusieron á navegar entre Encontrados y el puerto de Cúcuta, estableciéndolo posteriormente en la navegación del rio Escalante. Este vapor no dio resultado satisfactorio para sus dueños y fue varado y abandonado en Los Haticos.

El *Venezuela*, vapor traído en 1880 por la "Zulia Steam Navigation Co.", vino de Nueva York en piezas y se armó aquí. Abrió la navegación en Mayo de 1881 y fue dedicado á bajar frutos de Puerto Villamizar á Encontrados.

El *Trujillo*, vino á ésta en 1881 traído por R. Krauss. Tuvo itinerarios diversos entre los puertos del lago, hasta que naufragó en un viaje que hizo fuera de barra.

El *Colombia*, vapor igual al *Venezuela*, fue traído en 1882 por la "Zulia Steam Navigation Co." Se armó también aquí y empezó á navegar en Setiembre del mismo año.

El vapor *América*, fue traído en piezas por la casa Cabrera & Luciani y armado aquí en 1883. Desde entonces se halla dedicado, como el *Venezuela* y el *Colombia*, al tráfico entre Encontrados y Puerto Villamizar.

El *San José*, lo hicieron construir aquí los señores Picón & d'Empaire en 1883 y navegaba en el rio Escalante. Naufragó en 1886.

El *Augusto*, remolcador construido expresamente para ese destino en Philadelphia y traído por el general A. Lutowsky en 1885.

Según el doctor Aristides Rojas, el 29 de Enero de 1826 llegó á Angostura, hoy Ciudad-Bolívar, el primer buque de vapor que saludaba á aquella histórica ciudad. Este primer vapor se llamaba *Venezuela*. Doce años más tarde en 30 de Noviembre de 1841, anclaba en aguas de La Guaira el *Plumer*, primer paquete de vapor que a ría el tráfico entre Europa y los puertos de la América del Sur — *Legenda Histórica* páginas 98 & 99.

En 1886 el señor Simón Meléndez importó el vapor *Meléndez*, que dedicó al tráfico de este puerto con las costas del lago.

El *Héroe*, vino en 1886 y se emplea como remolcador.

El *Cuba*, remolcador de piraguas en Zulía.

El *Comercio*, fue traído en 1888 por los señores Minlos, Breuer & Ca., para remolcar en el río las embarcaciones de vela, empleo que aun desempeña hoy.

Acaba de llegar un nuevo remolcador para las "Bodegas de Catatumbo." Llevará el nombre de *Catatumbo*.

De los vapores enumerados, subsisten hoy en servicio: *Progreso*, *Uribante*, *Colombia*, *América*, *Venezuela*, *Augusto*, *Meléndez*, *Comercio*, *Héroe*, *Relámpago*, *Cuba* y algunos otros vapores pequeños.

Á una sociedad mercantil bajo la razón social de Pinedo & Ca. pertenecen el *Progreso* y el *Uribante*, cuyas vistas publicamos en el presente número. Estos vapores son ambos de hierro, tienen bastante comodidad para pasajeros, pueden cargar 5,000 quintales cada uno y están en perfecto estado de conservación, pues se les ha cambiado el fondo cuando ha sido necesario; están muy bien cuidados, y atendidos por capitanes idóneos: todo, bajo una dirección de indiscutible competencia.

La "Zulia Steam Navigation Co.", compañía radicada en Nueva York, maneja por medio de su representante en ésta, señor C. G. Pinedo, las dos lanchas de vapor *Colombia* y *Venezuela*, cuyo empleo es bajar los frutos de Puerto Villamizar á Encontrados, donde los trasbordan á los vapores grandes.

Los señores Cabrera & Luciani son dueños y administradores de la lancha *América*, dedicada al mismo tráfico y cuya vista publicamos hoy como tipo de las tres, pues son iguales en porte, aspecto y condiciones, tienen fondo de acero galvanizado, pueden cargar 2,500 quintales cada una, y tienen varios camarotes para pasajeros.

El *Augusto*, presta su servicio como remolcador en la barra, según contrato del general A. Lutowsky con el Gobierno Nacional.

El *Héroe*, presta también sus servicios en la barra.

Los vapores *Meléndez*, *Comercio*, *Cuba* y *Relámpago* han sido dedicados á dar remolque en los ríos Zulía y Catatumbo á las embarcaciones de vela. Al *Relámpago* se le está poniendo actualmente fondo nuevo.

En 1887, los señores Cabrera & Luciani construyeron en la margen oriental del lago un varadero que costó unos 10,000 pesos. En él han sido varados ya con suma facilidad los vapores *Progreso*, *Uribante* y *América* cuando ha sido necesario cambiar ó limpiar sus fondos; y todos los vapores que navegan en el lago cuentan ya con esa ventaja. El varadero tiene talleres y fraguas y cuantos enseres se necesitan para las reparaciones. Sin ese varadero, nuestros vapores tendrían que ir á repararse á los astilleros extranjeros.

El capital invertido en los buques de vapor que están en servicio activo en el lago Maracaibo y sus ríos tributarios es de MILLÓN Y MEDIO de bolívares.

Esos vapores son, hoy por hoy, más que suficientes para llenar las necesidades del tráfico: lo prueba de manera evidente el hecho de alternar semestralmente en el servicio los dos vapores de mayor porte, y de permanecer amarradas las lanchas en Puerto Villamizar, durante varios meses, cuando el río tiene poca agua, sacando luego en breve tiempo todos los

frutos aglomerados, al aumentar el caudal de las aguas.

Á medida que la prosperidad mercantil y la libre competencia lo requieran, se aumentarán espontáneamente esos medios de trasporte, sin necesidad de que la rapiña, mal disfrazada con los arreos del progreso, nos declare por sí y ante sí necesitados de lo que poseemos con superabundancia muchos años hace.

Nuestros Orígenes.

DESCUBRIMIENTO. — CONQUISTA. — EPOCA COLONIAL Y EMANCIPACION POLITICA DEL ZULIA.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés

PRIMER CRONISTA DEL NUEVO MUNDO.

PARTIÓ el gobernador Ambrosio y los chripstianos del pueblo quemado, que se dixo en el capitulo de suso, é siguieron la vía del Norte sin llevar lengua ni guía alguna, sino como su ventura y pecados los guiaban: é passaron por muchos pueblos, que ninguno dexaban de quemar los indios, assi como sentían yr los chripstianos hácia ellos. Y desde á quatro jornadas llegaron á un pueblo que estaba ençima de unas sierras, en que avia hasta dosçientos buhios; y los indios estaban ençima de un çerro alto y tan çerca de los chripstianos, que desde el pueblo lo vían é les oían hablar. É á media legua de este pueblo, en una ladera, estaba otro pueblo de ochoçientos buhios é mas, y el gobernador se passó de largo y no quiso llegar á aquel pueblo grande, porque está entre unos arroyos, muy fuerte y peligroso, é temió que le acaesçiese algund siniestro por la disposición del assiento. Y passaron los nuestros por una loma adelante á la mano siniestra de aquella población grande, é durmieron en un monte: é otro dia passaron adelante un mal río y de grandes barrancos por la costa dél, y caían y rodaban muchos caballos, y murióseles allí una yégua; pero no se perdió la carne: que luego se la comieron. Passado aquel río y los barrancos, fueron á dormir en una savána, é quedó parte de la gente atrás á par daquel río ques dicho, y el fardaje y el oro que llevaban: y estando otro dia de mañana esperando la reçaga, mandó el gobernador á Esteban Martin que subiesse ençima de una sierra que estaba çerca de allí, é consideráse el camino que avian de llevar; porque no llevaba otro adalid, y este aunque no sabia la tierra, era hombre de mucha diligencia y esforçado y que se daba buena maña en las cosas de la guerra. Y el Esteban Martin se fué á almorçar, para cabalgar é yr á lo quel gobernador le mandaba, y estando bebiendo, llegó el gobernador á caballo, é le dixo: *Cabalgad, Esteban Martin, y vamos adelante.* De lo qual maravillado Esteban Martin, le dixo, viendo aquella novedad: *Á dónde vá vuestra merçed tan de mañana?* Ydós, señor, con la gente: que yo nie yré luego adelante. Y él replicó: *Con vos quiero yr; y llevemos çinco ó seys compañeros á pié con nosotros.* Y Esteban Martin le replicó y dixo: *Mejor será que vayan doçe.* Y el gobernador començó á llamar algunos compañeros, é cabalgaron los dos é començaron á

caminar: é seyendo desviados del Real dos tiros de ballesta, dixo Esteban Martin: *Señor, esperad los compañeros: que no hay camino, y perderse han.* Y el gobernador le replicó: *Andad vos adelante: que por nuestro rastro se vernán.* É assi caminaron. É ya que yban metidos en un pequeño valle, sin ver ni saber cómo ni dónde se hallaban, se vieron çercados de indios que los flechaban por todas partes; y el Esteban Martin, viendo aquesto, arremetiò poniendo las piernas al caballo contra donde vido el mayor golpe dellos, y el gobernador tras dél, como hombre de grand ánimo: y començaron á lançar dellos, é dieron luego á huir. Y ya que se yban, tomaron los dos, por recoger los peones que se quedaban atrás, é hallaron otro batallon de indios que los yban flechando por detrás, é arremetieron con ellos é hirieron á entrambos: al gobernador en la garganta y al Esteban Martin en una mano. Y el uno echó por un cabo y el otro por otro trás los indios: y volviendo los ojos Esteban Martin al gobernador, vidolo çercado de los indios, é uno dellos le daba con una macana al caballo: é arremetiò á él Esteban Martin, é dando de lançadas al indio, le dieron á Esteban Martin çinco flechaços en el caballo, el qual murió, luego que tornaron al Real. Pero á las voçes que andaban en esta batalla, acorrieron los chripstianos que se hallaron á caballo y mas prestos, puesto que llegaron tarde y hallaron, herido al gobernador con una flecha por débaxo de la garganta, la qual él se estaba sacando con ambas manos y no podía desasírsela. Y cómo el monte era espesso y cerrado, no pudieron haçer daño á los enemigos, que ya se avian reatraydo y emboscado: antes se perdieran los chripstianos, si los siguieran en aquella espesura; pero çinco ó seys de los malhechores, que salieron á lo raso, fueron alcançados. É assi el gobernador é los demas se recogieron al Seal y se curaron los heridos, que todos estaban heridos con hierba, la qual no avian hallado ni visto en todas aquellas sierras.

Otro dia passaron á otro pueblo de los mismos indios que los flecharon, que estaba dos leguas delante, é avianse huido al monte: é apossentáronse allí los chripstianos, é al quarto dia murió el gobernador, habiéndose confessado y con mucha contriçion encomendándose á Dios, Nuestro Señor, el qual haya piedad de su ánima.

Muerto el capitan general, juntóse la gente é hicieron su general é justicia mayor á Pedro de Sanct Martin, factor y veedor de Su Magestad; y estuvieron allí seys dias, porque Esteban Martin estaba muy malo, é porque era mucha parte de la salud de todos la suya; porque era hombre diestro y de mucha suficiencia en las cosas de la guerra. Y se cree que muriera, si no fuera por la mucha dieta que tuvo quince dias, sin beber gota de agua ni de otro brevaje: ques muy grand remedio contra la hierba. Á cabo de seys ó siete dias que estaba mejor, volvieron á caminar, é llegaron á un pueblo despoblado de çinco casas: é de allí fueron çiertos compañeros á ver un camino, y desde á poco volvieron huyendo, dando alarma que venian indios trás ellos. Y luego el general cabalgó é hizo salir trás ellos é alcançaron algunos; y ellos

mataron uno de los de á caballo é hirieron al capitán Monserrate, é mataron el caballo al capitán general, é pararon los nuestros allí aquella noche.

El día siguiente, continuando el camino, tomaron unas indias vestidas unas sayas textidas sin costura, que les tomaba desde la cabeça hasta los piés, é unos capillos como de frayles: á las quales entendian alguna cosa, y se decían *tayatomos*, é no negababan que comian carne humana. É caminaron por un valle é rio abaxo hasta que llegaron á lo llano; pero tambien en partes avia grandes montañas.

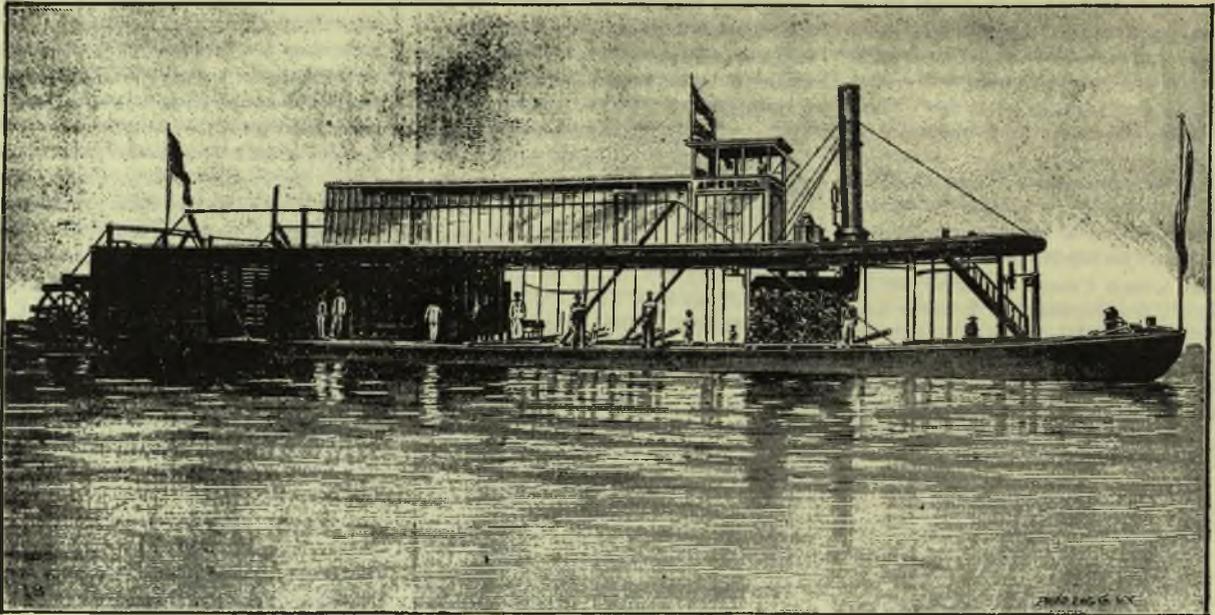
Desde allí el capitán general envió á Pedro de Limpias, lengua, adelante con alguna gente, para que descubriese el camino: é llegó á un pueblo de cinco buhios, é los indios que allí avia, se defendieron é mataron un chripstiano é hirieron otros quatro, y estuvieron peleando hasta que llegó mas gente, é los indios huyeron. Allí se juntan tres ó quatro rios, y de todos se hace uno muy grande que se llama Tarare, el qual

entra en la laguna de Maracaybo. É anduvieron por aquellos pueblos siete ú ocho días, que no sabían por donde yr, ni tenían guia; y llegados á unos pueblos despoblados, pararon en uno dellos, y el capitán general envió gente á buscar algund camino, y mandó á los que fueron á esto que procurassen de hacer algunas guias. É llegaron á un pueblo que estaba media legua ó menos de allí, donde hallaron muchos indios flecheros, que los començaron á flechar, y estos chripstianos descubridores se retraxeron, dando mandado y alarma; y como estaban cerca, sintióse en el Real, y el capitán general con la mas gente que pudo seguirle acudió allá, y aunque estaban fuertes los indios en el pueblo, lo desampararon; pero mataron allí al capitán Monserrate é á su caballo, é á otros dos compañeros con flechas de hierba: y el capitán general se retraxo con los chripstianos, por no recibir mas daño, y luego los indios se tornaron al pueblo. É cómo vino la noche, se fueron de allí á esperar adelante á los chripstianos

dos jornadas, en otro pueblo: é cómo llegaron allá los españoles, hallaron los indios con albarradas y palenques hechos fuertes, y començose el combate entre ambas partes con grande ímpetu y ánimo, é turó mas de dos horas. Hirieron un caballo, que murió desde á quatro días, é hirieron á quatro chripstianos; pero plugo á Dios que no murió alguno. Ganáronles el pueblo é prendieron diez ó doce personas.

Estos indios son una generación que llaman aruacanas, de los quales no hallaron mas de aquellos dos pueblos. Passados de allí los chripstianos, entraron en otra gente de indios que se dicen pemenos, que tienen pueblos de treynta ó quarenta buhios, y es gente doméstica; pero tampoco atendian, antes desamparaban sus casas y escondian sus haciendas, assi como avian sentimiento de los chripstianos.

É assi pasaron en cinco jornadas muchos pueblos destes, é al cabo dellas, hallaron un pueblo con gente, la qual huyó luego; pero por priessa que se dieron, alcançaron



Vapor Americano.

ron é fueron pressos mas de veynete personas, é preguntándoles la causa por qué huyeron, dixeron que porque cerca de allí estaba un chripstiano, como los nuestros, y que creian que estos otros yban en busca daquel, y por esto pensaban que los querian matar. Esteban Martín, lengua, entendió algo desto, é dixo al capitán general que decían aquellos indios que una legua de allí estaba un chripstiano, é que se afirmaban tanto en ello que creia que debía de ser así la verdad. Y enviaron tres indios que le fuesen á llamar, é nunca tornaron: y enviaron despues dos indias á lo mismo, é diéronles algund rescate, é dixeron ellas que otro día tornarian; pero tampoco volvieron. É viendo aquesto, movieron todos los chripstianos, para yr á aquel pueblo é llegaron á un rio muy hondo é ovieron de pasar á nado algunos. Allí se les murió un caballo que llevaban herido, y estándolo despedaçando y repartiendo entre la gente para lo comer, llegó el alguacil mayor, Francisco de Sancta Cruz, que avia sido de los que se avian adelantado con alguna gente, é dixo

que avia topado con aquel chripstiano, que decían los indios pressos que estaba en aquel lugar: el qual venia con él desnudo en carnes y descubiertas sus partes vergonzales, y con un arco y sus flechas y un calabazo de cal, y un fardel de hierbas que traia de aquella que meten en la boca los indios, para no aver sed. Y preguntáronle por el capitán Iñigo de Vasuña é los otros chripstianos, quel gobernador Ambrosio avia enviado á la ciudad de Coro con los treynta mil pesos de oro; porque este hombre era uno de los compañeros que con él avian ydo; y él dixo que todos eran perdidos. É assi se fueron estos, el general y los españoles al pueblo donde este chripstiano residia: y el general le mandó que llamasse á los indios de aquel pueblo, porque ya aquel hombre era buena lengua, y los truxo de paz, aunque no muy seguro dellos. É allí se ovo informacion de cómo habia passado su desventura deste chripstiano y de los otros veynete é quatro, é del capitán Vasuña, como se dirá mas largamente en el capítulo siguiente.

EN MARACAIBO

(FRAGMENTO)

Bello joyel de perlas y esmeralda,
aquí lanzado por el mar cercano
para adornar la espléndida guirnalda
del portentoso mundo colombiano!
Reina que dejas la flotante falda,
que alcanza apenas á tu pie liviano,
extendida en las aguas cristalinas
do la bordan de nécar las ondinias!

Maracaibo! . . . mansión encantadora
que tienes del espacio los colores,
las armónicas voces de la aurora
y del Edén las virginales flores!
En tí las hadas que el destino adora
tienen templo y altar de sus amores;
por eso tan hermosa te formaron
y con galas tan ricas te adornaron.

He visto tus bellísimas palmeras,
tu manso lago de dormidas olas,
do las naves deslizanse ligeras
al compás de marinas barcarolas;
las moradas que adornan tus riberas
(más llenas de primor cuanto más solas),
y los astros tu cielo dilatando
y un oceano de luz reverberando!

J. M. PINZOS RICO.